

Clausura del XV Curso de Verano de FAES

VIERNES 6 DE JULIO DE 2018

Son quince años ya los que, siempre por estas fechas, la Fundación FAES quiere cerrar sus actividades con un Curso de Verano en el que promovemos un debate de fondo sobre asuntos de importancia sustancial para España. A lo largo de este tiempo hemos contado con expertos de primer nivel, españoles y extranjeros, procedentes del mundo académico, de la política, de la comunicación, de diferentes sectores profesionales. Nos sentimos muy satisfechos del trabajo que hemos realizado y por ellos nos sentimos también obligados a ser más exigentes en la búsqueda de la calidad, de la excelencia en la reflexión, de la pertinencia y oportunidad de los temas que queremos plantear.

La intervención en este acto de clausura de Josef Joffe, un buen amigo de esta casa, es una buena prueba de ese afán de excelencia que debe caracterizar la aportación de la Fundación FAES a la sociedad española.

Este año hemos dejado constancia de los tiempos de incertidumbre que vivimos. La verdad es que llevamos instalados en la incertidumbre durante ya mucho tiempo, hasta el punto de que podemos especular con la idea de que la incertidumbre no es un estado coyuntural de nuestra realidad política y económica sino un estado casi permanente de esa realidad en transformación acelerada.

La recesión y la recuperación, el proyecto europeo, la relación atlántica, los movimientos migratorios, la ruptura de referencias políticas que se creían firmemente consolidadas, la revolución digital, el futuro de nuestro modelo de bienestar, son todos ellos frentes de volatilidad, de interrogantes, en suma, de incertidumbre.

Todas estas fuentes de incertidumbre pueden ser afrontadas desde distintas actitudes. Una de ellas puede ser la de "ir tirando", la de remendar de manera precaria los desgarros, la de sellar grietas para que

estas no se vean sin entrar en los problemas estructurales que las producen. Otra actitud es simplemente negar que los problemas existan, y si existen, sostener que tienen el remedio fácil que la izquierda siempre propone: más gasto y más impuestos, como si la economía, que se alimenta del trabajo de todos, fuera el sombrero del mago del que se puede sacar siempre más, más Estado -no mejor- y menos sociedad. Aún cabe otra forma de encarar esos problemas: la actitud de los populismos y la antipolítica, que es simplemente la mentira, la que dice que todo se puede conseguir y todo es gratis.

Yo creo que en el tiempo de la globalización, en el tiempo de la digitalización de la economía, en el tiempo en el que tantas cosas -desde el empleo hasta la energía- se están reconsiderando desde sus cimientos, ni la gestión tecnocrática, ni la izquierda estatista ni la mentira populista pueden ofrecer soluciones, ni marcar sendas de verdadero progreso.

Para empezar, es tiempo de la política, no de la antipolítica, y un tiempo muy exigente. Los problemas deben estimular la reflexión, y la reflexión, la acción. Una reflexión desde la libertad, es decir desde la confianza en el comportamiento de los ciudadanos y la confianza en que las instituciones de la democracia representativa, las sociedades abiertas, el Estado de derecho, el libre comercio, sigue siendo el marco institucional y cultural en el que tenemos que dar respuesta a estos problemas.

Puede parecer una analogía arriesgada, pero tal vez no estemos muy lejos de una situación parecida a la de esa Europa que después de la II Guerra Mundial tuvo que encontrar el camino para la reconstrucción económica, la garantía de su seguridad, su articulación interna, su cohesión social, su estabilidad política frente a las fuerzas antisistema y totalitarias que querían romperla aún después de la derrota del nazismo.

El esfuerzo político, la lucidez intelectual y el liderazgo que se pusieron en juego resultaron impresionantes.

Se alumbró un nuevo orden internacional con instituciones de vocación universal, se codificaron los derechos humanos, se promovió el desarrollo del Estado del bienestar, nació el proyecto europeo, la alianza atlántica, y las grandes organizaciones de cooperación económica. Todos estos siguen siendo logros que hoy todavía no encuentran comparación, pero están puestos en riesgo y cuestión.

Y sosteniendo este esfuerzo, un consenso profundo entre la derecha y la izquierda democráticas que alcanzaron un gran compromiso, un compromiso verdaderamente histórico del que todavía seguimos viviendo, pero que es preciso renovar. El contrato social está roto y hay que renovarlo, renovar sus bases y desarrollo.

Ahora los desafíos son otros pero la necesidad de esfuerzo político, de lucidez intelectual y de liderazgo que Europa exigía hace 70 años es la misma que hoy Europa también reclama.

Y estoy convencido de que también reclama un gran consenso, una aproximación visible entre la derecha y la izquierda democráticas en Europa que tampoco debería ser muy distinto en su finalidad a aquel que sentó las bases de las instituciones y de la prosperidad europea y refundó los sistemas democráticos del Continente.

Los grandes problemas a los que tenemos que dar respuesta están identificados con bastante precisión.

La transformación tecnológica, la crisis demográfica, la sostenibilidad del modelo de bienestar, el futuro de la Unión Europea, la evolución de la política en Estados Unidos, la defensa frente a nuevas amenazas, los desafíos medioambientales, son todos ellos problemas de una extraordinaria complejidad. Pero hay que salir a su encuentro, no quedarnos paralizados ante la dimensión de la tarea.

Alguien ha dicho en este Curso que nuestros sistemas políticos y sociales no tienen un fundamento providencial. Y conviene recordarlo. Ni la democracia, ni las libertades, ni el modelo de bienestar nos vienen dados como un regalo de la Historia ni están asegurados. Es decir, están en nuestras manos, y a medio y largo plazo su continuidad depende de nuestra capacidad como ciudadanos y como sociedad para mantener las condiciones que los hagan posibles y duraderos.

Esa condición es un impulso reformador profunda y ampliamente compartido, sin el cual no tendremos más opción en Europa que administrar penosamente el declive. Los únicos beneficiarios de la parálisis reformadora son y seguirán siendo los populistas, los antisistema, los que ven que de nuevo en Europa se ha abierto una oportunidad para destruir las libertades, someter a la sociedad civil, acabar con la limitación del poder y con el respeto a la iniciativa personal. Es decir, acabar con las democracias liberales.

Estamos en un periodo en el que es fácil caer en el desaliento; pero tenemos que resistir esa tentación. Europa en su conjunto cuenta con suficiente tradición institucional, cultura política y desarrollo social y capacidad de innovación para poder afrontar estos problemas con confianza.

Un primer esfuerzo necesario y urgente es la reconstrucción de los espacios políticos sobre los que tiene que asentarse el nuevo consenso para el futuro de Europa, eso incluye cada uno de los Estados miembros, también España. Esos espacios se han roto y hoy el panorama político y

electoral en Europa es un rompecabezas casi imposible de encajar, un coro desafinado en el que cada cual, de Londres a Roma, interpreta su propia partitura con mucha presencia de la percusión. Por eso, la reconstrucción de los espacios políticos a escala europea no será posible si se deja el espacio libre para que la política la hagan los representantes de la antipolítica, si se olvida que las empresas se gestionan, pero que los países se gobiernan, si se desprecia el valor de las ideas, o se cree que los ciudadanos son gentes que sólo responden a estímulos económicos primarios.

Estoy convencido de que las inquietudes y las demandas de los ciudadanos europeos van mucho más allá que el puro cálculo coyuntural de sus intereses inmediatos. Quieren respuestas sobre el funcionamiento de las instituciones que los representan. Quieren modelos de integración y ciudadanía que aseguren la convivencia en nuestras sociedades complejas bajo principios y deberes cívicos innegociables y sin excepciones, sea cual sea la cultura, la religión o cualquier otra identidad que se pretenda alegar. La ley debe ser la misma para todos.

Quieren respuestas para asegurar un modelo de bienestar que además de eficiente tiene que ser justo con los esfuerzos que hacen los ciudadanos para mantenerlo. Quieren seguir identificándose con las naciones a las que pertenecen sin falsos dilemas que nos obliguen a elegir entre el proyecto europeo y la lealtad cívica esencial a la nación de ciudadanos libres e iguales.

Quieren verdaderos proyectos políticos para todos y no un mercado electoral en el que se trocea la sociedad según la orientación sexual, el género, la edad, el origen étnico, la lengua, la religión o cualquier otra distinción real o arbitraria que destroza las sociedades y las hace inhabitables. Quieren que la retórica de la corrección política no convierta en un tabú el debate y así eludir los problemas que sí les afectan.

Me parece que esta crisis, como ha solido ocurrir en la Historia, es una crisis esencialmente cultural. Es el resultado del debilitamiento de las convicciones que han hecho posible la Europa democrática; del descuido de sus instituciones; de la incapacidad para transmitir a las nuevas generaciones que no sufrieron el espanto de la guerra esos valores que han asegurado la paz y la prosperidad hasta ahora. Y cuando se debilitan las convicciones y los valores ya se sabe que las consecuencias no son buenas.

No quisiera que estas observaciones parecieran distanciadas de nuestra realidad como españoles. España tuvo su gran Transición, hubo lucidez y liderazgo y voluntad de asegurar la convivencia. La Constitución no se hizo para sus autores; se hizo para los que venían después, que hemos sido los que nos hemos beneficiado del mejor periodo de nuestra historia. He tenido varias oportunidades últimamente para ofrecer mi

reflexión sobre alguna de las cuestiones políticas más relevantes. No voy a repetirlas aquí. Pero sí quiero añadir algo.

Porque de la misma manera que la crisis que sentimos en Europa tiene mucho que ver con el descuido de lo que ha permitido su paz y su prosperidad en los últimos 70 años, la crisis que vivimos en España no puede separarse del descuido de la Transición y de nuestro proceso constitucional, del revisionismo injusto y temerario de las bases de nuestra convivencia, del descuido ante las amenazas y las agresiones a la integridad nacional, a los derechos y a la igualdad de todos los españoles sin excepción, vivan donde vivan. Y los descuidos se pagan muy caros.

Este curso debe rectificarse con urgencia, con energía y con determinación. Porque si eso no se produce, España está acumulando ya factores de debilidad que tarde o temprano pasarán una costosa factura.

Es casi cómico que los separatistas catalanes reclamen el derecho a hablar de la autodeterminación y que se les responda que podrán hablar "sin cortapisas". Y uno se pregunta: ¿Qué otra cosa han venido haciendo más que hablar de autodeterminación sin cortapisas hasta el punto de desafiar y querer romper el orden constitucional, dar un golpe de Estado y atropellar derechos políticos básicos?

No nos engañemos y que no nos engañe la clerecía buenista: no se trata de hablar de la autodeterminación sino de incorporar la autodeterminación a la agenda política, hacer de la autodeterminación, en forma de un sedicente referéndum pactado, el nuevo terreno en el que pretenden que todos juguemos. Que finalmente es dar por clausurado el Estado autonómico de la Constitución y la propia Constitución.

Los separatistas tanto en Cataluña como en el País Vasco son conscientes de que no están en condiciones de exigir la independencia. Por ahora les basta con que asumamos, el primero el Gobierno, que en todo caso, ese es el tema del que tenemos que hablar. Y para esa maniobra, ni los separatistas ni el Gobierno -si es que la acepta, como parece que la va aceptando- deben contar más que con ellos mismos. Solo pueden contar con ellos mismos.

Siendo la situación de esta gravedad, reconstruir un proyecto político mayoritario, integrador, moderado y nacional, refundar el centroderecha nacional con todas las consecuencias, desde sus raíces, es una tarea política esencial, fundamental e indispensable. Y si no se acomete producirá unos efectos letales para el futuro político y la vida política española.

Para hacer esa tarea refundacional se requiere una extraordinaria claridad, muy pocas ambigüedades y una sólida consistencia frente al separatismo. Y se requiere una cercanía bien visible a esa Cataluña mayoritaria que rechaza la secesión y se moviliza en favor de ciudadanos iguales y libres. Ellos deben ser los verdaderos interlocutores privilegiados, los imprescindibles. No hay nada que hablar con los separatistas, hay que estar al lado y hablar con los que defienden la ciudadanía de libertades e igualdad, la Constitución y los movimientos constitucionales en Cataluña. Espero que esto se entienda más pronto que tarde para que no produzca consecuencias irreversibles. Y espero que para esa necesidad de refundar el centroderecha nacional, los que la tienen que acometer, tengan esas convicciones bien arraigadas para hacerla posible y evitar males mayores en España.

No quiero extenderme más en estas palabras de clausura. Sí quiero que se sepa lo mucho que he apreciado las intervenciones que se han producido en este Curso, unas intervenciones que no sólo nos han ofrecido buenas ideas sino la seguridad de que pueden llevarse a cabo, que eso es la política.

Queda clausurado el Curso de Verano de la Fundación FAES.